

**Fernández-Savater, Amador (2020). *Habitar y gobernar. Inspiraciones para una nueva concepción política*. Editorial NED (Nuevos Emprendimientos editoriales). ISBN: 9788418273032**

*Reseñado por: María García Pérez. Universidad de Granada.*

*Recibida: 08/04/21. Aceptada: 08/04/21.*

Hay, al menos, dos modos de leer un libro. Uno, claro, es el modo tradicional: leemos de inicio a fin esperando que en el principio se nos ofrezca una introducción al tema, una especie de idea premisa que guíe la lectura posterior; luego, un desarrollo de la misma en el grueso del texto donde, además, se exploran los matices y las implicaciones; y, por fin, un último capítulo a modo de conclusiones en el que aquella idea primera queda, por así decirlo, reforzada. Este modo de lectura constituye una suerte de esquema axiomático por el cual se parte de una especie de verdad afirmada de antemano que posteriormente se va demostrando a través de diversos argumentos en torno a ella, con el objetivo de extraer un resultado en que dicha máxima introductoria alcanza su confirmación. ¡Un primer principio del que derivar todo lo demás! ¡la jerarquía de la Idea! ¿No es este el modo de pensar que ha atravesado toda la Historia de Occidente desde Platón? Gilles Deleuze puso nombre a esta estructura que nos organiza de forma soterrada: un árbol, un sistema arborescente en el que de la Idea crecen filiaciones que dan la falsa impresión de multiplicidad, de diferencia. Frente a esta jerarquía preñada de identidad, Deleuze sitúa el rizoma: germinación masiva en horizontal que tiende líneas de fuga y que, así, genera verdadera diferencia. Este es el modo de acceder que creo más adecuado para la obra de Amador Fernández-Savater que aquí

reseñamos. Como quien tira una piedra a las aguas mansas para hacer crecer círculos concéntricos en torno al primer impacto, la idea principal se encuentra en el medio del libro. Una idea que es idea-fuerza en un sentido muy preciso: quiere crear ondas expansivas, hacer vibrar, propagarse. Ondas que, ellas mismas, constituyen nuevas «pedradas» que crean más y más ondas hasta perder ese centro en una multiplicidad de agitaciones que valen por sí mismas, de elementos diferenciales que se conectan disyuntos afirmando una potencia que altera a quien lee: imágenes, situaciones, historias, acontecimientos, conversaciones, pensadores (Benjamin, Agamben, Badiou, Foucault, Gramsci, Rancière, François Jullien, Rozitchner, Glucksmann o Segato), etc.

Amador siempre ha pensado la tarea filosófica de forma situada, esto es, respondiendo a problemas concretos, a problemas que nos afectan y nos afectan colectivamente. En este sentido, para Savater la Filosofía no es o no debería ser una colección de ideas abstractas que no tocan el suelo del presente, que se habrían dado a lo largo de la Historia y que se repiten desde una suerte de erudición elitista engordando currículums académicos. Esto es lo que produce la arborescencia: de un lado, coloca a cada pensador en el lugar propicio de un canon académico y de una jerarquía en la institución filosófica; de otro, hace que las ideas cobren una abstracción que no llega a morder la

realidad (o la realidad a morderlas a ellas para hacerlas germinar y crecer). La Filosofía debe ser *Filosofía pirata*: una actividad que, a su juicio, se inicia por fuera de la filosofía ya constituida, de sus conceptos canónicos. Un modo de pensar que ha de arrancar desde problemas extrafilosóficos o previos a su conceptualización filosófica. De ahí que se proceda a su abordaje: abordar la filosofía como los piratas abordaban un barco cargado de tesoros, es decir, por la fuerza, en este caso, por la fuerza de los problemas que nos afectan y nos mueven, que mueven el pensamiento, pero también a los cuerpos. Por eso, en este libro los filósofos se mezclan con las situaciones y con los amigos, con las conversaciones y con las experiencias vividas.

Filósofo pirata, Amador golpea el árbol para crear ese centro centrífugo, centro descentrado o urdimbre rizomática que nos hace transitar por una multiplicidad de lugares inesperados, pivotando al rededor de los matices de lo que él denomina *paradigma de gobierno* y *paradigma del habitar*. Gobernar o habitar, poder estabilizante o potencia dislocadora: ahí se juega la posibilidad de dotarnos de una nueva mirada en torno a la *revolución* y, por tanto, en torno a un nuevo *nosotros*, una nueva forma de entender al *enemigo*, la *organización*, la *estrategia*, las *tácticas* o el *conflicto*, términos que dan nombre a los capítulos del libro. Pero, para ello, Fernández-Savater tiene que proceder, como decimos, trastocando la mirada, también la suya. Devenir *niño perdido* y colocarnos en ese enfoque. Niños perdidos que parten de la más absoluta de las vulnerabilidades, de la impotencia y del desconcierto. Niños que, por serlo,

nada pueden, pero que, también por serlo, están en condiciones de inventar, de crear nuevos juegos, nuevas reglas. De desorganizar y romper, de llorar hasta acabar riendo, de reír hasta contagiar a los demás con sus risas. Niños que, por serlo, nada saben pero que, por eso mismo, están en condiciones de reinventar el saber, de reinventarlo todo. ¿Quiénes son? Es otra forma de nombrar ese 99% del que hablaba el 15M.

La cuestión de los niños perdidos concuerda además con otra característica de la obra. Porque se podría decir que no hay ahí un sólo autor, un sujeto-autor, un padre-escritor hablando desde un púlpito-libro a los lectores. Al contrario, el libro es absolutamente abierto, una invitación a revolver las piezas del tablero y a reinventar los caminos previstos, los movimientos dispuestos. En concreto, el tablero compuesto y organizado por el *paradigma de gobierno*, por la representación del poder político y por el pensamiento en torno a la revolución que sólo encuentra en ella la ganancia de eso precisamente, de representación y de poder. Habitar no es gobernar en la medida en que no se pretende ahí que las fuerzas confluyan y se acomoden a un modelo y una meta predeterminadas. Habitar no es gobernar porque no se trata de encontrar identidades que representen, porque no se trata de volver a establecer jerarquías de mando. Porque, en definitiva, no se sustituye un poder por otro dejándonos, de nuevo, en la impotencia. Al contrario, habitar es acompañar y devenir con una fuerza destituyente capaz de hacer emerger una nueva forma de relación, de concepción y de praxis de lo político.

Para profundizar en la posibilidad de ese nuevo *paradigma del habitar*, en la obra se propone una valiosa reflexión en torno al tiempo y la memoria. *Reimaginar* supone allí recrear el pasado encontrando en él fuerzas vivificantes que sirvan para el presente y el futuro: pretéritos que se des-congelan para traernos porvenires abiertos. En este sentido hay algo de Walter Benjamin atravesando todo el libro: *Iluminaciones*, palabra para interrumpir el ciclo de la dominación impuesta en el *paradigma de gobierno*. Ese Benjamin que influyó fuertemente en algunas ideas centrales de Giorgio Agamben, por cierto, citados ambos en el libro. Y de ahí esa *potencia destituyente*, así como la distinción entre poder y potencia. Desplazamiento del *gobernar* hacia el *habitar* en el que Savater perfila la articulación entre una afirmación creadora, primera y gestante respecto de lo instituido, y una negación, un dique o *veto* que Raquel Gutiérrez describió con ocasión del 25S, y que se establece frente al poder ensimismado y sus dinámicas de exclusión, violencia y desigualdad.

Ahora bien, ese *nosotros* sublevado, que afirma y que frena, que crea y destituye, esos niños-99%, es distinto al «sujeto revolucionario» clásico, siempre delimitado frente a un «ellos», a un otro-enemigo. Encontramos, así, otro nudo de encuentros disyuntos en el que destaca la entrevista a Juan Gutiérrez, de la Asociación 11M Afectados por Terrorismo y de la Red Mundial de Afectados por Violencia Política. Gutiérrez pone sobre la mesa la posibilidad de «políticas sin construcción del enemigo» para que sea «posible afectar, tocar al otro, hacer un

engarce con él» (p. 171). Siguiendo esa línea, la entrevista a Ali Abu Awwad, palestino implicado en el Círculo de Padres y que, con una historia durísima a sus espaldas, es capaz de hablar de la «fuerza de la resistencia no violenta» (p. 181) como única vía eficaz para la construcción y la consolidación de la paz y la libertad más allá del odio y las armas, de las víctimas y los victimarios.

A esta altura es inevitable referirse también al análisis de Amador sobre Lawrence de Arabia, un general inglés que deviene, que se transforma a su contacto con la multiplicidad de tribus árabes, todas ellas heterogéneas entre sí, para hacer frente a los turcos. Se trata de dejar a un lado la lógica guerrera para asumir las propias debilidades como palanca, es decir, convirtiéndolas en fuerzas: la fuerza de la dispersión, del cuidado de los otros y de la aspiración a la libertad. Esto último resulta importante porque, como dijimos, no se trata de ganar para sustituir un mando por otro (en el caso de Lawrence, el de los turcos por el de los ingleses), sino de alcanzar una afirmación de la propia vida, de una vida feliz donde las decisiones que afectan al común se toman en común, parafraseando al historiador Valerio Romitelli, otro de los entrevistados en el libro a propósito, esta vez, de la experiencia de los partisanos.

Todo esto tiene que ver, desde luego, con esa *fuerza vulnerable* de la que Amador ha hablado en otros lugares. Los árabes aplastados por los turcos o los partisanos en medio de la ocupación nazi son imagen, renovada en las letras del libro, actualizada en su (im)potencia, de un malestar que, en lugar de victimizarse, planta cara. *Fuerza*

*vulnerable* que propicia lo que Jacques Rancière, también entrevistado en el libro, llama otro «reparto de lo sensible» (p. 148), en el cual al otro-enemigo no se le vence por oposición hostil, a base de golpes estratégicos, sino «privilegiando la diferencia de formas de pensamiento, de vida y de acción» (p. 143), esto es, en la acción que hace emerger procesos subjetivadores que trenzan lo individual y lo colectivo en el horizonte de la igualdad. Por tanto, proceso de subjetivación que las más de las veces no pasa por la espectacularidad de los grandes tumultos. Aquí, otra línea de fuga más, esta vez por boca del sinólogo y filósofo François Jullien, quien, a través de una perspectiva oriental, expone su idea de las «transformaciones silenciosas» (p. 243), esas microtransformaciones o desplazamientos menores que se producen en cada uno, en su forma de mirar el mundo y en su forma de actuar y de vivir en él, y que son condición de posibilidad de cualquier transformación mayor.

En suma, Amador, en este crisol, pone en valor *lo menor*, aquello menor que, decía Deleuze, no tiene que ver con el número, sino con la diferencia, con un deseo otro no apresado por el neoliberalismo capitalista ni por los dispositivos de poder generados en el vínculo entre aquél y las democracias contemporáneas. Un deseo otro para una revolución también otra, donde las derrotas no sean fuente de angustias, impaciencias y frustraciones depotenciadoras, sino lugares para detenerse a cuidar aquello que se abrió en el acontecimiento emancipador, aquello que nos hizo devenir otros, allá donde «somos y no somos lo que somos» (p.

384). Apertura permanente a posibles alternativos que nos hace imaginarlos y experimentarlos en el común, de forma colectiva y, a la vez, situada.

Cierra a modo de epílogo, si es que se puede hablar de cierre en este libro, una bellísima entrevista de Amador a Rita Segato. Reflexión en torno al feminismo, la revolución y la pandemia. Términos que Segato conecta en el colofón de una «ética de la insatisfacción» para «ir pisando completamente a tientas en el terreno radicalmente desconocido que se llama futuro» (p. 377). A tientas, esto es, parafraseando al propio Savater, sin el recurso a vanguardias que planifiquen de antemano algún supuesto futuro ideal y completo. Pero armados en la retaguardia de los cuidados al acontecimiento, habitando sus grietas respecto de lo real impuesto, de los posibles acotados y convertidos en cárcel. Grietas de las que está plagado este libro difícil de reseñar, caleidoscópico y heterodoxo. Exquisito desborde, alboroto incontenible que parece urdido entre tiendas de campaña y asambleas, como recién sacado de la Puerta del Sol del Madrid de hace 10 años o de cualquier otra plaza de aquella *Spanish Revolution* que aún nos interroga y nos subvierte.